

más ardiente que nunca, iba cambiando de fase. La joven se figuraba amar á Terral más que nunca, y en realidad le amaba menos. Sólo sentía acariciados su orgullo y su amor propio cuando oía murmurar algún elogio de Fernando; pero ya no era aquel sentimiento de sacrificio que dos meses antes la hubiese llevado á venderlo, á perderlo y á sacrificarlo todo por él.

Pasados los primeros momentos de embriaguez, y cuando se acostumbró á exhibirse del brazo de Fernando, empezó á desear otra cosa, otros placeres y otras emociones.

Un día se confesó que se aburría.

Quiso sacudir este aburrimiento y acudió á todas las fiestas y á todos los placeres en compañía de Fernando.

El dinero que Terral ganaba en la Bolsa por la mañana, se gastaba por la noche; pero él no se inquietaba, confiando más que nunca en su buena suerte.

VII.

Fernando Terral hubiese elevado con gusto en su casa, no un altar á dioses desconocidos, sino una estatua á la *Audacia*. ¡La debía tanto! Había

logrado sus fines. La fortuna le sonreía. Se hablaba de su golpe de vista en negocios y de su suerte en amores, en las escaleras de la Bolsa.

Subía Fernando una mañana hacia los *Campos Eliseos* fumando un hermoso cigarro, cuando vió en una de las alamedas, andando lentamente y con la cabeza baja, á Carlos Bourdenois, de quien no había vuelto á saber desde el día en que cambiaron sus mutuas confianzas. Bourdenois no le había visto, pues parecía absorto en sus pensamientos y estaba muy pálido y como fatigado. Terral tardó un momento en reconocerle, dirigiéndose luego hacia él, tanto para hablar con un compañero de la infancia, como para lucir su triunfo ante un amigo.

—¡Bourdenois!—dijo cuando estuvo á pocos pasos del pintor.

El interpelado levantó la cabeza, y al ver á Terral no pudo contener una triste sonrisa.

—¡Cuánto me alegro encontrarte!—dijo Fernando.—¿Cómo no has ido á verme?

—¿Yo?—dijo Bourdenois;—no sabía....

Parecía muy confundido.

El contraste era grande entre la actitud altiva y el elegante traje de Terral y el usado paletó y pantalones con rodilleras del pobre Bourdenois.

—Pareces muy taciturno, querido Carlos. ¿Estás enfermo del corazón?—preguntó Terral.

—Sí—dijo Bourdenois sonriendo;—del corazón.....

—Y del estómago—dijo Fernando para sus adentros.—¿Has almorzado ya?—añadió en voz alta.

—No..... Sí—respondió el pintor interrumpiéndose.

—¿A estas horas? ¡Imposible! Habrás tomado chocolate, cuando más. Vamos, ven á hacerme compañía.

Y le arrastró por un brazo, dirigiéndose al café *du Rond-Point*, donde los *gentlemen* de aquel barrio fraternizaban gustosos con los chalanes y caballistas del circo.

Bourdenois trató de rehusar al convite de su amigo.

—Vamos—dijo Terral—me alegro mucho de poder hablar un rato contigo. Quiero probarte que tenía mucha razón antes para ser ambicioso, porque los deseos llegan á ser realidades más pronto que uno lo piensa, y el reino de este mundo no le conquista verdaderamente más que aquel que, como vulgarmente se dice, tiene tupé.

—Estoy persuadido de ello—dijo Bourdenois.

Y se quedó pensativo mirando con distracción al blanco mantel que cubría la mesa.

—Pero come—dijo Terral riendo—y bebe, por más que este vino sea detestable.

Llamó al mozo, pidió otro vino y añadió mirando á Bourdenais:

—Sí, querido mío; he llegado al colmo de mis aspiraciones, que ya sabes eran grandes. Soy rico, soy amado. ¡El oro y la mujer! mis dos grandes deseos..... y, cosa rara, amigo mío, debo todo eso á mi duelo.

—¿Á qué duelo?—preguntó Bourdenais.

—¿Cómo á qué duelo?

Fernando dejó caer sobre el plato el tenedor que llevaba á la boca y miró á su amigo estupefacto.

—¿No sabes la historia de mi duelo?

—¿Te has batido?

—¿No lo has leído en los periódicos?

—Amigo mío—dijo Bourdenois—dispénsame, vivo en mi taller como un oso. No sé nada ni leo nada. Sólo trabajo y espero.

Terral, al ver que su fama no había llegado á ciertos sitios, pareció muy contrariado; pero pronto se consoló encontrando ocasión de referir su aventura.

Bourdenois le escuchaba distraído y como pensando en otra cosa.

Cuando Fernando acabó, el pintor le felicitó sin entusiasmo y el silencio se hizo entre ellos.

Después Terral interrogó á su antiguo amigo por pura política.

—¿Y qué me dices de tí? ¿Cómo van tus amores? porque tú tenías amores. Aquel idilio en pleno jardín de María de Médicis..... Vamos, dime, ¿qué ha sido de la virgen de Luxembourg?

—Haces bien en burlarte—dijo Bourdenois.— Soy muy desgraciado y sufro.

—No me burlo—respondió Terral—deseo saberlo, porque me intereso por tí.

—Pues bien—dijo Bourdenois;—todo aquello no existe ya. He tenido que despertar.

—¿Cómo?..... ¿Aquel ángel.....?

—No me has comprendido—dijo Bourdenois al ver la maliciosa sonrisa de Terral.—No he sufrido con ella ninguna decepción. Es una joven honradísima á quien yo hubiera deseado hacer mi esposa..... Tú que eres tan ambicioso, que has deseado tanto, no has aspirado nunca á los placeres del hogar..... Pues bien; he seguido *viéndola* en Luxembourg á la misma hora, como si hubiese acudido á una cita. Su padre la acompañaba siempre.

¡Pobrecillo! Es un noble anciano de ideas antiguas, que hizo su dimisión de una cátedra que tenía en 1851..... Ahora está muy pobre y se dedica á dar lecciones de latín á cuatro chiquillos, cuando debía estar explicando filosofía en una cátedra de la Sorbonne; pero ¿qué quieres? prefiere la pobreza á renunciar á sus ideas. Su angelical hija, que se llama Clara, trabaja en labores de tapicería para los almacenes, y consigue tener la casa en orden y no carecer de pan que llevar á la boca. No tienen criada, y sin embargo su casa es un nido, alegre, limpio y flamante. Me la ofrecieron y fui á visitarlos. Hablamos mucho, y era de ver la alegría del pobre hombre al ver que sus ideas eran las mías, y el interés que tomaba en convencerme en algunos puntos sobre pequeños detalles en que no estábamos tan acordes..... En una palabra, me ha enamorado.

—¿Y su hija también?

—También su hija—dijo Bourdenois, á quien el vino daba más energía.

El pobre estaba acostumbrado á no beber más que agua.

—¿Y la señorita Clara?...

—¿Qué?.....

—¿Te ama?

—Sí—dijo Bourdenois.

—Entonces, cástate con ella.

Bourdenois se echó hacia atrás bruscamente en su silla, y dijo con un acento desesperado que no logró conmover á Terral:

—Pues eso es lo que me mata, amigo mío, la imposibilidad de casarme.

—¿Y por qué?

—Porque no saco con mis pinceles para mantenerme, pues el ayuntamiento de nuestro pueblo, que me había enviado aquí para estudiar, me ha retirado la pensión sin más ni más, por un acuerdo municipal..... Yo me reiría de todo esto si no estuviese enamorado; pero lo estoy, y la idea de la imposibilidad de casarme constitayé mi tormento. ¿Qué haría la pobre Clara con un hombre que está en mi situación?..... Á veces la idea del suicidio me asalta con violencia.

—¡Bravo!—dijo Terral.—¡La rabia es el primer escalón del triunfo!

—¡La rabia!—dijo Bourdenois — no creas que la tenga. Vivo en mi triste rincón sin exhalar una queja y hasta resignado con mi mala suerte.....; pero hoy..... no sé qué diablos tiene ese vinillo que se me ha subido á la cabeza..... Como no estoy acostumbrado á beber más que agua..... No, no siento

rabia. Me quejo, pero me resigno y, ó sucumbiré en la lucha y todo habrá acabado, ó saldré triunfante y olvidaré pronto estos sinsabores..... Salgamos, salgamos de aquí. Mi cabeza arde.

—Vamos—dijo Terral sonriendo.

Pagó al mezo y se fué á dar un paseo con Bourdenois en un coche cerrado, donde el pobre pintor siguió hablando de su amor, de sus luchas y de su resignación.

—¿Dónde quieres que te lleve? —dijo por fin Terral, algo causado de estas confidencias.

Bourdenois iba á decir las señas de su casa, pero se detuvo.

—Donde tú quieras.

Terral le dejó en el boulevard sin insistir más. Se le había ocurrido deslizar en el bolsillo de su amigo algunas monedas de oro, pero luego se dijo:

—¡Bah! ¿con qué objeto? En adelante tendré cuidado de evitar semejantes encuentros. Este muchacho con sus lamentaciones es un capítulo de moral en acción. Es preciso evitar dos clases de gentes: los pillos y las personas virtuosas.

Carlos Bourdenois volvió solo á su taller, que era una pieza muy grande que recibía luz por una ancha ventana que daba á la calle. En sus muros estaban colgados los diferentes objetos que cons-

tituían el *lujo* del joven; cuadros sin acabar, croquis, un retrato de mujer, y sobre peanas algunos bustos de yeso. El resto de la habitación estaba muy desmantelado, pues algunos muebles buenos y broncees que Bourdenois había comprado en otro tiempo, habían tenido que ser llevados poco á poco al *Monte de Piedad*. Lo que quedaba no tenía ningún valor y denotaba miseria.

El pobre pintor se dejó caer en un diván tan viejo y usado, que por todas partes dejaba ver el pelote del asiento, y cruzando los brazos se puso á reflexionar.

Por la puerta de un cuartito obscuro se dejaba ver la cama de hierro con un solo jergón, donde Carlos dormía y olvidaba soñando con *ella*.

Se sentía verdaderamente aturdido. El vinillo del restaurant se había subido á la cabeza del bebedor de agua, y además aquel encuentro le había turbado y puesto fuera de sí. ¡Terral poderoso, rico, cuya audacia se había impuesto al mundo, y cuya fortuna había sido conquistada por un paso de atrevimiento! Aquello era capaz de indignar aun á los más pacientes.

—Tal vez soy un tonto—pensaba Bourdenois.— La lucha asidua y honrada es una locura, y en el mundo sólo dan resultado el atrevimiento y la

audacia. Para atraer la atención es mejor un robo que una queja. Terral ha jugado su vida y la ha ganado..... ¡Ah! si yo me atreviese!

Y añadió en seguida:

—¿Atreverme á qué? ¿Acaso soy de esos que inventan las acontecimientos? ¿Cómo había yo de saber inventarlos, cuando soy incapaz de aprovecharme de ellos?....

El pintor estaba sumamente desanimado. Sus ideas se confundían, y por primera vez en su vida sentía miedo. Hasta entonces su existencia había sido triste, pero tranquila y de incesante trabajo; su medianía le había bastado, y cuando ésta se transformó en la miseria, aun la resignación le dió fuerzas; pero ahora el triunfo de Terral le sacaba fuera de sí y hubiera llegado á enloquecerle. El joven lo comprendió, y haciendo un esfuerzo para pensar en otra cosa, trajo á su imaginación la imagen de Clara.

El profesor señor Gouvenot habitaba con su hija en la calle de Soufflot un quinto piso, cuyos balcones daban á la vez al Panteón de Hombres Célebres y á Luxemburgo. Constaba sólo de cinco piezas: la alcoba de Clara, la de su padre, un comedor, un despachito y la cocina. Todo esto limpio, alegre, flamante, como había dicho Bourdenois á Terral.

Allí, en aquel apacible hogar, era donde el pintor fijaba su pensamiento cuando quería olvidar sus penas cotidianas.

Evocaba el rostro puro, los grandes ojos negros y la confiada y melancólica sonrisa de Clara, y poco á poco se iba tranquilizando y animándose más que nunca á seguir en su constancia y trabajo, seguro de llegar á triunfar de la adversidad.

El señor Gouvenot acogía con gran placer á aquel joven á quien había encontrado por casualidad, y que de día en día, de conversación en conversación, le iba siendo cada vez más simpático.

El padre de Clara era hijo de un acérrimo partidario de la Convención y había perseverado en las mismas ideas de su padre. Precisamente Bourdenois tenía entre sus tíos maternos á uno de esos procónsules de la República, que la reacción trata hoy de presentar como seres despreciables, y que fueron, salvo deshonrosas excepciones, pacientes y celosos organizadores, dispuestos á sacrificar sus intereses y existencias á su deber. No se había necesitado más para que el señor Gouvenot se hiciera gran amigo del pintor. El anciano era además un hombre confiado y comunicativo, que iba siempre con el corazón en la mano, con los ojos puestos en su ideal y sin mirar para nada á sus pies. Mu-

chas veces había sido engañado, escarnecido, burlado, sin que su candor nativo se hubiese desmentido un instante. Su hija Clara velaba por él, que decía á veces riendo:

—Yo soy la hija y ésta es el padre.

Embebido y absorto en importantes trabajos sobre la historia de la Revolución que trataba de escribir, acumulaba hacía ya treinta años elementos para ella, buscando periódicos, dibujos, autógrafos de aquella época, que reunía en paquetes que numeraba y ponía su etiqueta, sin decidirse nunca á empezar su proyectada obra.

—No es tiempo aún—decía con dulzura.—Dejemos andar las cosas. Cuanto más se aleja uno de una época, más claro se ve lo que en ella pasó. ¡Es todavía muy pronto para escribir acerca de la Revolución!

—Pero, papá—decía algunas veces Clara—mientras, con proyectos no se vive.

El señor Gouvenot sonreía.

El hecho es que no hacía nada en su obra, y continuaba explicando con la mayor complacencia los clásicos latinos y entusiasmándose ante sus discípulos con los discursos de Tito Livio y las severidades de Tácito.

Clara estaba ya en edad de casarse; pero deci-

dida á vivir siempre al lado de su padre, no quería hacerlo si el que hubiese de ser su marido no aceptaba esta condición.

En este punto Carlos Bourdenois era seguramente el hombre que Clara hubiese escogido, porque le amaba, y sobre todo le estimaba; pero desde el primer día se había levantado entre ellos el negro fantasma de la miseria. No había, pues, que pensar en esta unión mientras que Carlos no pudiese responder de su porvenir y del porvenir de los suyos.

Y el tiempo pasaba.

El encuentro que Bourdenois había tenido con Terral le había hecho el efecto de una borrachera, dejándole algunos días con la cabeza pesada y el corazón oprimido. No tenía la misma fe en el trabajo y le parecía haber bebido algún filtro maligno. Además, otra necesidad espantosa le torturaba: el hambre. Triste realidad para un idealista como Bourdenois, que no teniendo ya nada que vender, ni conociendo á nadie, se encerraba en su taller como en su antro, dejándose devorar por esa terrible enfermedad que devora á la humanidad y nadie ha sabido evitar.

Una mañana salió de su casa. ¿Para qué? no lo sabía. Aquella triste vivienda le daba miedo. Ha-

cía dos días que no había comido, y sentía el estómago vacío y la cabeza pesada. Le parecía que los transeuntes tenían fisonomías extravagantes, que los carruajes rodaban produciendo sonidos extraños y que las casas giraban.

Marchaba á la casualidad mirando al suelo.

Recordaba que en otro tiempo al salir de su casa había encontrado veinte francos entre dos piedras y se los había dado á un pobre.

—¡Hoy — pensaba — los guardaría y podría comer!

No sabía dónde ir. Se encontró en un boulevard; se detuvo maquinalmente ante los escaparates de las librerías, y anduvo más de prisa al pasar por los de los restaurantes y cafés. Después sintió un inmenso deseo de entrar en ellos á comer y salir sin pagar.

Pero no lo hizo, y fué así hasta Montmartre. Hacía un tiempo hermosísimo, y Bourdenois se acordaba de haber ido allí muchas veces á contemplar París á la luz del sol poniente. Todo estaba invadido por bandadas de niños que jugaban, y aquella alegría, aquel movimiento, aquellos gritos infantiles incomodaban á Bourdenois, que seguía andando sin rumbo, hasta que por fin se detuvo en el camino de Saint-Denis junto á las fortifica-

ciones. La tensión de sus nervios crispados le había sostenido hasta allí; pero de pronto la tensión de éstos cesó, y se vió obligado á sentarse sobre la hierba. El sol enviaba reflejos de oro á las blancas casitas, y bandadas de pájaros se perseguían, pasando mil veces por entre las ramas de los árboles.

Bourdenois se echó en el suelo cuan largo era, y trató de dormirse; pero imposible; su estómago le torturaba y le hacía sentir sus imperiosas necesidades. Se enderezó un poco, y apoyándose sobre un codo miró el sol poniente que se iba ocultando y dejando paso á la noche. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo al pensar con angustia en que se hacía la noche sin que él hubiera encontrado que comer.

Un niño pasó á su lado llevando la comida á su padre que trabajaba allí cerca sin duda.

Bourdenois sintió aquel olor apetitoso, y sus ojos dilatados se fijaron hambrientos en aquel niño que se alejaba.

Por su imaginación cruzó como un relámpago la idea de arrojarle sobre él y arrancarle lo que llevaba..... Después volvió á tenderse en el suelo y dijo avergonzado:

—¡Soy un miserable!

El pensamiento que había tenido le horrorizaba.

Una languidez extraña, un sopor invencible se iba apoderando de él. Oyó á lo lejos una voz de hombre que cantaba, y quiso llamar; pero no pudo, y experimentando una sensación extraña quedó desvanecido.

El hombre que cantaba vió, al pasar, á Bourdenois que estaba en el suelo sin conocimiento, y estuvo á punto de continuar su camino, creyendo que se trataba de algún borracho; pero al ver el rostro pálido y enflaquecido del pobre joven, se adelantó hacia él y arrodillándose á su lado le cogió una mano. Estaba helada y el pulso latía débilmente.

—Me había equivocado—dijo el hombre en voz alta—no es un borracho, sino un enfermo.

Le frotó las manos y le quitó la corbata. Después llamó al primer transeunte que pasó, que era un carretero que llevaba leña á la Briche, y le rogó que le ayudase.

—¿A qué?—dijo éste.

—Pero ¿no véis que ese hombre se muere? Vamos cuanto antes á llevarle á la botica.

—Eso es fácil de decir; pero por aquí no hay boticas.

—Pues entonces, al almacén de vinos.

—¿Al que está ahí abajo?

—Sí.

Llevaron al pobre Bourdenois y consiguieron reanimarle.

El pintor miró á todas partes con extravío, sin poder explicarse cómo estaba allí, é interrogó con la mirada á aquellos rostros que le examinaban con curiosidad.

—¿Cómo os encontráis?—le preguntó el hombre que le había visto primero.

Era éste un obrero de aire franco y alegre.

Bourdenois le miró con fijeza como tratando de reconocerle.

—Es inútil que tratéis de reconocerme. No me habéis visto nunca; pero es igual; decidme lo que os ha pasado.

—No lo sé—respondió Bourdenois, ante cuya vista todo giraba.

—¡Que se desmaya otra vez!—exclamó el de la tienda de vinos.—¡Vinagre!

La cabeza de Bourdenois había caído sobre su hombro izquierdo.

—¡Por San Pedro!—exclamó el obrero golpeándose la frente;—ahora lo adivino todo. El infeliz se muere de hambre.

—¿De hambre?

Y casi todos los que había en el almacén mira-

ron con incredulidad al obrero al ver el aspecto decente de Carlos Bourdenois.

—¡Sí, de hambre! ¡aunque os parezca mentira!..... ¡De hambre!..... ¡Vamos, pronto, un caldo, un *beesteak*, pan, vino, sobre todo vino! ¡Pronto!

La mujer del almacenista de vinos estaba ya destapando una botella de sello verde. Bourdenois volvió en sí poco á poco y humedeció sus labios en el vaso en que la dueña del almacén había echado el vino.

Cuando pudo darse cuenta de lo que le había sucedido, tendió su mano al obrero y le dió las gracias.

—¡Oh!—dijo éste—no hay de qué. Lo que yo celebro es haber llegado á tiempo.

Bourdenois, sentado ante un *beesteak* que chorreaba sangre bajo el cuchillo, comía con la voracidad y la cándida alegría de los niños ó de los convalecientes, no ocurriéndole por un momento el que luego habría que pagar. La necesidad era más fuerte que nada y el apetito, al despertar de su letargo, había dominado á la razón.

El obrero, sentado delante del pintor, llenaba su vaso y bebía con él de cuando en cuando.

—¿Y cómo os ha ocurrido esto? ¿Habíais salido de casa sin dinero?

Al oír estas palabras, Bourdenois dejó caer

bruscamente el tenedor que llevaba á la boca y quedó inmóvil. ¡Sin dinero! Entonces se acordó de todo, y maquinalmente hizo un movimiento para levantarse de la mesa.

—¿Cómo?—dijo el que le había socorrido;—¿os vais?

El pintor volvió á caer en su silla.

—¿No coméis más?

—No.

—¡Ah!—dijo el obrero—¡ahora caigo!

Y añadió bajando la voz:

—¿No hay dinero, eh?

La mirada de Bourdenois respondió á aquella pregunta.

—No os importe. Yo llevo cinco francos afortunadamente, y podremos repartirlos.

—¡Ah!—dijo Bourdenois—es que ni siquiera sé si podré devolveros.....

—No os preocupéis por eso..... ¿Se puede saber cuál es vuestro oficio?

—Soy pintor.

—¿Pintor de cuadros?

—Sí.

—Pues casi casi podemos llamarnos compañeros, porque yo también soy pintor en porcelana..... decorador.

—¡Pintor en porcelana!—murmuró Bourdenois; ¿y cuánto ganáis diariamente?

—Cinco francos por diez horas de trabajo, y además tengo las veladas, que aprovecho para hacer algo por mi cuenta.

—¿Y creéis que yo podría?.....—dijo Bourdenois.

—¿Vos? seguramente. Yo me encargo de enseñaros el empleo de los colores, que no son los mismos que en vuestras pinturas al óleo. Estoy seguro de que con poco que hagáis en lienzo, en porcelana podréis progresar bastante. Sobre todo, no lo consideréis como arte; oficio, y nada más que oficio, ya lo sabéis.

—Pues bien, me dedicaré al oficio, porque lo principal es vivir. Después iré al arte, si puedo, cuando haya ganado con qué mantenerme. La casualidad me ha favorecido al ponerme en mi camino. Me llamo Carlos Bourdenois, y me encuentro en la mayor pobreza; pero soy hombre honrado y nunca podré olvidar lo que hoy habéis hecho por mí.

—Yo me llamo Rambossom. También soy pobre, y además casado hace un año y con un chiquitín en ama; pero siempre estoy alegre como unas pascuas. La casualidad ha querido que yo tuviese

que ir hoy á *Saint-Denis* y pasara á vuestro lado. Os aseguro que me alegró mucho, y mañana mismo voy á pedir al patrón que os dé un puesto en el taller, á menos que preferáis trabajar en casa.

—No—dijo Bourdenois—en el taller, en el taller. Trabajaré mejor lejos de esos malditos lienzos que no dan que comer.

Los dos nuevos amigos volvieron juntos á París. Rambossom citó á Bourdenois para el día siguiente.

Carlos volvió á su casa con el corazón dilatado por la esperanza, confiando en el porvenir y entreviendo entre sueños el rostro de su adorada Clara.

Por medio del trabajo diario, del trabajo del obrero, podría quizá llegar hasta ella, y al pensar-lo se sentía orgulloso de su sacrificio y lleno de fe y entusiasmado con aquella idea que tomaba cuerpo ante sus ojos.

—¡Podré ganar para vivir á su lado! ¡Mañana mi trabajo no será infecundo ni mi constancia estéril!

Antes de dormirse echó á sus cuadros una mirada de despedida, y dijo en voz alta con el acento que un amante hablaría á su amada:

—Volveré á vosotros, sí, volveré; pero después que haya ganado el pan de cada día.

.

Mientras ocurría el episodio que acabamos de

referir, Fernando Terral subía en coche y se dirigía, acompañado de Antonia, á casa de Violeta Raymond, una mujer á la moda que daba reuniones. Las invitaciones á éstas, impresas en letras doradas, decían que *se suplicaba la mayor sencillez en las toilettes*; pero aun así y todo, se reunían en los salones de Violeta, en la calle de Helder, tantos brillantes, que con su producto se hubiera podido mantener á un barrio entero durante un mes. La flor de la elegancia y de la insolencia parisién lucía allí las joyas y trajes más excéntricos.

Violeta estaba radiante en aquel centro en que se reunía el *todo París* alegre y bullicioso, y había hecho llenar de flores su vasto comedor, donde se preparaba una comida de tres mil francos.

Antonietta era íntima amiga de la dueña de la casa, y había ido aquella noche sencillamente vestida con un traje blanco guarnecido de violetas del polo, que eclipsaba las *toilettes* más ricas. Violeta Raymond no escaseó sus elogios á aquel atavío. En fin, la reina de la fiesta fué Antonia, y Terral saboreó aquel triunfo con cierto aire desdenoso.

Los invitados no necesitaban ser presentados los unos á los otros, porque todos se conocían y muchos se tuteaban.

—¿Y el Barón de Rives?—preguntó Violeta antes de sentarse á la mesa;—¿no ha venido con vos, Rieusaint?

—No, querida mía—contestó el interpelado.—Gaston de Rives se ha vuelto un anacoreta de poco tiempo á esta parte. ¡Es tonto!

—Pues cenaremos sin él.

Y cenaron.

Esas noches pasadas en la fiebre de la orgía, entre plata y oro, flores y succulentos manjares que se ostentan en la riquísima mesa, mientras que fuera de aquellos lugares reina el frío y el hambre, todas, todas son iguales. Las mismas alegrías, las mismas bromas, los mismos besos, los mismos gritos; los mismos gritos sobre todo. No hay placer sin ruido, según esos locos. Choques de vasos, risas sin causa, carcajadas sin fin, todo se confunde. Sólo el día siguiente de la orgía vale algo por lo que enseña. La moral se llama entonces indigestión, dispepsia ó neuralgia. Las medicinas hacen las veces de mentores. Todo se paga.

Pero nuestros personajes no pensaban en aquellos momentos más que en su alegría presente.

—¡Vino!—¡Madera!—¡Acabad pronto!

—¡Imbécil!—¡Uno solo, nada más que uno!—
¡Á la puerta!—¡Una canción!

—¡Nada!—¡Nadie!—¡Ah, eh, oh!.....

—¡Jamás!—¡Sí!—¡Buenas noches!

Y entre esta confusión ó tempestad, las siguientes ocurrencias, más largas, pero no menos locas.

—Pero, Geraldina, coméis demasiado, hija mía. Estáis preparando una buena indigestión á la hija de vuestra madre.

—Y á vos, ¿qué os importa? Roberto, dame más..... sólo un poco.

—¡Ah! ¿sabéis que ha habido noticias de Mirou que se escapó con la caja?

—¿De veras?

—Dicen que lleva en Bruselas un lujo de príncipe. En la calle de Herbes-Potageres no se habla más que de él.

—¡Viva Mirou!

—¡Un brindis en honor de Mirou!

—Señores, Josefa no ha bebido. Pregunto por qué no ha bebido Josefa.

—Porque Mirou es un canalla.

—Eso es demasiado, Josefa, hija mía.

—¿Cómo escribes tú canalla con k?

—Sí....., un canalla, pues me engañó miserablemente..... Figúrate que me regaló una magnífica cadena, gruesa como un brazo, y yo me puse

tan contenta, cuando un día se me ocurre empeñarla.... ¡y era de doublé!

—¡Me lo figuraba!

—¡Bien por Mirou! ¡Engañar á sus *ingleses*! Perfectamente; pero á Josefa.... aun mejor. ¡Muy bien, muy bien por Mirou!

—¡Viva Mirou! ¡viva Mirou!

—¡Qué simple es esta Josefa!—dijo Verta bebiendo una copa de champagne.

Josefa se levantó furiosa, y cogiendo una manzana de un frutero, se la tiró á Verta, que pudo esquivar el golpe. La manzana fué á romper un espejito de Venecia. Por fin, el pequeño Barberino logró contentar á las jóvenes abrazándolas á la vez.

Antonia se levantó para ver los desperfectos causados en el espejo por la manzana.

—¡Rombos!—dijo volviéndose á sentar después de haberle examinado.—¡Señal de riqueza! ¡El Polaco se enriquecerá! ¡Viva la Rusia!

—Felicía, cuéntame tu historia.

—¡Sí, sí, que la cuente!

—¡Pero que la cuente á todos!

—¡No se permite hablar en voz baja!

—¡Que hable Felicia!

—¡Hacedla subir sobre la mesa!

—¡Felicía, sube á la mesa y cuéntanos tu historia!

—¡La historia de Felicia! ¡Que la cuente! ¡El público pide la historia de Felicia!

—¡En voz alta!

—¡Silencio!

—¡Que hable!

—¡Que calle!

Felicía lloraba. El vino había exaltado sus fibras sensibles, haciéndola derramar algunas lágrimas que caían sobre el plato que tenía delante. Sus cabellos se habían desatado y estaban esparcidos sobre sus hombros. La joven miró alrededor de la mesa con aire vago y dijo lentamente:

—No creáis que me importa el contaros mi historia.... Dame vino, mi querido Leopoldo.... No, ese no, Jerez.... Empezaré diciéndoos que vivía con mis padres.

—¿De veras?

—Todo el mundo ha vivido en casa de sus padres—exclamó Antonia, que apoyaba su cabeza sobre el pecho de Terral.

—¡Ah, los padres!—dijo Verta comiendo un pedazo de acitrón.

—Si—continuó Felicia—vivía con ellos y me aburría.... ¡No toquéis mis cabellos!.... Además, vivía enfrente un muchacho muy guapo.

—¿Tanto como Barberino?

—¡Silencio! Sigue tu historia, Felicia.

—No me gusta esa historia—dijo el Conde de Broski.

Felicia prosiguió :

— Por fin..... ya podéis figuraros..... fui suya..... pero luego..... vino un niño.

—¡Ah! ¿hubo un niño?

—¡Final del cuadro!

—¿Y qué hiciste de él, Felicia?

Felicia fijó en la mesa sus extraviados ojos, y con una sonrisa terrible, la sonrisa de las locas,

— Le maté — murmuró dulcemente.

Todos estaban borrachos, locos, riendo, gritando y bebiendo; pero cuando Felicia dijo aquellas palabras, se miraron instintivamente y quedaron mudos y horrorizados en medio de su embriaguez.

— Le maté — continuó Felicia en medio de aquel silencio. — Sí, le ahogué con estas manos..... Después le enterré bajo el rosal que había al lado de mi ventana..... y le regaba todas las mañanas..... Cuando hubo rosas, cogí un ramo que guardaré siempre..... ¡Ya está marchito el pobre! — añadió llorando en el vaso que tenía en la mano — y sin embargo, aun conserva su aroma.

El silencio se había hecho sepulcral, y todos se miraban con aire de horror.

— ¡Qué es esto? — exclamó Terral levantándose. — ¡Vaya una noche de placer! Todos se han quedado como muertos. ¡Váyase al diablo Felicia con sus historias horripilantes, y si vuelve á hablar de ellas, la echamos por la ventana!

— La verdad es que nos ha dejado fríos — dijo Olivier Renaud.

— Pues bebed — exclamó Violeta. — ¡Vino!

— ¡Y olvidemos á Felicia Hamlet!

— ¡A Felicia Young!

— ¿Por qué me llamáis así — dijo la joven; — mi apellido es Germot.

La *sinfonía de la cena* iba en *creescendo*. El ruido iba siendo cada vez más intenso y las notas más agudas. Aquel calor perfumado y aquella atmósfera cargada, penetrante, eléctrica, exaltaba y crispaba más los excitados nervios de los comensales de Violeta.

Antonia se sentía dichosa con aquella fiebre.

Sus sienes latían. Estrechaba en sus pequeñas manos las manos de Terral, y miraba á Violeta con aire de triunfo. Se creía la reina de todas aquellas mujeres, la más amada, la más envidiada, y se sentía orgullosa de su triunfo.

Terral también estaba radiante. Había sorprendido algunas miradas femeninas fijas en él, y sabía que muchos hombres le envidiaban.

—¡Terral—exclamó Olivier Renaud del otro lado de la mesa— vamos á brindar por Antonial

—¡Váyanse al diablo los brindis—respondió Terral—¡ó brindad por los tontos, si queréis! ¡Vosotros, los periodistas, les debéis ese recuerdo!

—Pues brindemos por vos, futuro millonario.

—¿Por qué no? Hay muchos tontos que hacen fortuna, y por consiguiente, más natural es que la hagan las gentes de talento. Ya es tiempo de que la inteligencia sea pagada en su justo valor, y si así no sucede, no debe desecharse medio alguno para conseguir el fin que uno se propone. No debemos respetar esa moral absurda que cambiaría el mundo en un claustro. La naturaleza nos ha dado apetitos y deseos para que estos deseos y apetitos sean satisfechos. ¡Qué diablos! Si tenemos dientes es para devorar, y aquel que los tenga más largos es el que debe devorar más.

—¡Bravo!

—¡Terral, estáis elocuente!

—¡Una cátedra en la *Sorbone* para Fernando Terral!

—¡Aprobado! Alargadme esa botella de ron.

—¡Ah! Terral, no digáis más tonterías—dijo Berta.

Antonia miraba á Terral con amor. ¡Jamás le había visto tan hermoso!

—Hay dos clases de gentes—exclamó Terral.— Los que no tienen inconveniente en confesar su ambición, y los hipócritas que tratan de ocultarla. ¡Guerra á los tímidos! ¡Viva la audacia! La regla debe ser ésta: desear mucho y tomar lo más posible. ¡Al asalto!

—¡A la bayoneta!

—¡Estáis magnífico Terral!—gritó Olivier Renaud.— Sois el primer orador del boulevard.

—¡El mismo Maquiavelo!

—Suprimid los nombres propios—dijo Violeta.

—¡Terral nos fastidia! ¡ese Terral nos fastidia!—dijo Felicia lloriqueando;— ¡una canción, que se cante una canción!

—¡Sí, sí!

—¿Pero se ha acabado el licor? Entonces, dadme agua de colonia.

—¡Agua de colonia! ¡Vaya una idea!

—Sí, sí, agua de colonia, que tengo mucha sed—repetía Felicia.

—O vinagrillo de tocador. Es lo mismo.

—¡A beber!

Y bebían.

Iba amaneciendo, y los obreros andaban ya por las calles mientras aquellos locos, ávidos aún, con los labios secos, seguían bebiendo y bebiendo sin cesar. Después de haber bebido los licores más exquisitos y preciosos, al concluir la última botella de éstos, habían mandado á una taberna á buscar un mal vino para calmar aquella sed terrible. Los unos caían al suelo quedándose dormidos, mientras otros, pálidos, desencajados, reían, se quejaban ó horaban.

Sólo Terral, fuerte y tranquilo, miraba aquellos cuerpos gastados y vencidos por la orgía, sosteniendo á Antonia que se había dormido en sus brazos.

VIII.

Una noche, volviendo del teatro, Antonia, con tono alegre, dijo á Terral:

— ¿No sabes? Va á hacerse muchas veces una revista. ¡Se está ya hastiado de las comedias de costumbres! ¡Son tan tontas! Habrá trajes cortos y vaporosos. Marcelino es el que va á dibujarlos. ¡Tengo un papel! Estoy contentísima. ¡Qué papel!..... ¡Seis trajes!

— Me alegro — dijo Terral con aire indiferente.

— Parece que estás enfadado.

— ¿Yo? no.....

Antonia no insistió, pero no se había equivocado. Terral parecía hallarse contrariado, y lo estaba en efecto, pues hacía algún tiempo que tenía celos. Se había enamorado de Antonia de una manera más profunda, ó por lo menos más violenta y no se atrevía á confesárselo á sí mismo. No quería que nadie supiese esta debilidad suya. Él mismo se había tendido el lazo en que al fin iba á ser cogido. A fuerza de jugar con el amor se había quemado el corazón y los sentidos, un poco el primero y mucho los segundos. Se creía seguro en medio de los hombres con la coraza de que se había revestido; pero ésta tenía un punto vulnerable por el que iba á ser herido. Aquel hombre dominante, había encontrado un amo, y aquella voluntad de hierro estaba ahora á punto de verse esclava de los locos caprichos de Antonia; y como él lo conocía y sentía instintivamente el poder de aquella niña, instintivamente también se rebelaba y no quería ser débil y perder su poder.

Lo que había conducido hasta el amor á aquel Terral que parecía incapaz de este sentimiento, eran los celos. Presentía que desde hacía algún